

# Artillería

50 años de Watergate

## Nixon y Trump, los rostros visibles del irrespeto al estado de derecho



Ambos mandatarios norteamericanos consideraron al estado de derecho como subordinado a su poder y con 50 años de distancia, la resonancia del abuso de poder en uno y otro caso, las consecuencias han sido bien diferentes. Nixon renunció a la presidencia y Trump se aferró al poder, intentando no reconocer el triunfo de Jhon Biden. El caso es que Donald Trump, no pare-

ce ni preocuparse por el juicio que actualmente se desarrolla por el asalto de sus seguidores al Capitolio, al contrario todo indica que los republicanos podrían sacarle ventajas a ese suceso en las próximas elecciones y el liderazgo Donald Trump, a diferencia de lo ocurrido con Richard Nixon, saldría muy fortalecido entre los sectores más conservadores de la política estadounidense.

Hasta que en enero del año pasado la tan proclamada democracia estadounidense se tambaleó con el intento de Trump y sus seguidores de impedir la victoria electoral del demócrata Joe Biden. Tanto Nixon como Trump mostraron una tendencia a tratar el estado de derecho como subordinado a su poder, señaló un artículo en el diario The Hill.  
F/Cortesía

Suplemento dominical del  
**CORREO DEL ORINOCO**

Lunes 27 de junio de 2022 • N° 567 • Año 9 • Caracas

# Lecciones de periodismo y democracia

T/ Nydia Egremy  
F/ Cortesía

El peso del escándalo Watergate aún lastra la política de Estados Unidos y su concepción de democracia. Más allá del mito en torno a “dos periodistas contra el poder” y del “triunfo del sistema” la investigación de Carl Bernstein y Bob Woodward reveló que sólo el periodismo de investigación fue capaz de atrapar, con las manos en la masa, a un presidente de la superpotencia a 200 años de su vida republicana.

Nadie esperaba que la madrugada del 17 de julio de 1972 marcara un hito en la política estadounidense hasta nuestros días. Esa fecha, cinco agentes al servicio del presidente fueron capturados en el edificio Watergate, sede del Comité Demócrata.

“Nos contrataron para evitar filtraciones, somos plomeros, es decir, agentes especiales encubiertos” confesó uno de ellos. La pesquisa que siguió obligó a Richard Nixon a dimitir casi dos años después, el 8 de agosto de 1974.

El mérito de The Washington Post y sus célebres periodistas, fue haber realizado la más amplia y rigurosa cobertura periodística del caso. Su rastreo día con día fue, es y será, un acicate para reporteros ávidos de escudriñar un asunto de forma exhaustiva y rigurosa, en proceso lento y penoso, pero siempre exitoso.

Bernstein y Woodward mostraron cómo, construir sus fuentes y alentar a sus entrevistados en un delicado contexto político. Además, ganar la confianza de sus informantes; como Garganta Profunda –Mark Felt, número dos del FBI– cuya identidad se comprometieron a ocultar. Sería él mismo, quien 33 años después reveló en Vanity Fair su rol en el asunto y sus razones.

A la par, el Caso Watergate exhibió que el rico fruto del derecho a la información se produce con voluntad de los directivos del medio y la buena relación entre reporteros y editores. Sólo un experimentado Ben Bradlee respaldó a sus periodistas y les exigió rigor en el trabajo, mientras él enfrentaba la presión de cúpulas políticas y accionistas del Post.

A medio siglo, otra lección de Watergate es que reveló a los estadounidenses y al mundo que la democracia debe ser capaz de impulsar un trabajo periodístico honesto, explica Raquel Ramos de la Universidad de Piura. Por ello que aún hoy, millones de comunicadores en el planeta recurren al sufijo ‘gate’ para designar los casos de corrupción y abusos que denuncian.

A los periodistas sólo los salva su trabajo. Y sólo es prerrogativa de los ciudadanos decidir qué periodismo quieren, no así del poder político; si para informar deben mantener relaciones profesionales con políticos, así deben evidenciarlo sus reportajes.

Tal como el principio que se ha marcado The New York Times “Be first, but



first be right”, el periodismo que cubre los escándalos del poder debe ser transparente, comprobable e, incluso, estar abierto a la crítica. Hoy como en los artículos de Bernstein y Woodward, se debe responder a las preguntas inteligentes que se hacen mujeres y hombres sobre la actuación de su gobierno.

Bernstein y Woodward debían probar a sus editores, lectores y ciudadanos en general que el presidente de la superpotencia mundial había abusado del poder constitucional. Así, ambos probaron: 1) Que Nixon usaba fondos destinados a su reelección para espiar a oponentes políticos; 2) Que el caso Watergate no fue una excepción; 3) Que un Nixon paranoico coordinó el espionaje a sus adversarios desde instituciones estratégicas como el FBI, la CIA y hasta el Departamento de Hacienda; 4) Que Gerald Ford no quiso llevar a Nixon ante la justicia y, finalmente 4) Que el escándalo mostró que el periodista comprometido con la verdad en su trabajo, pone ante un dilema a los poderosos.

Ese poder, que Nixon desplegó, le ganó el mote de Tricky Dicky (Ricardito el Tramposo). Así lo bautizó su exrival electoral, Helen G. Douglas, en reproche porque él se valía de todo para eliminar a sus adversarios: desde desacreditarlos, insultarlos, tergiversar su vida privada hasta buscarles pasados turbios. Al negarse a entregar al Tribunal Supremo las cintas secretas de sus escuchas, Tricky Dicky caminó hacia su dimisión.

Como sus antecesores y predecesores, Nixon no fue el único en usar el aparato de Estado contra rivales políticos. En mayo de 2013, se evidenció que el Ser-



vicio de Impuestos Internos (IRS) mantenía una fuerte discriminación contra organismos republicanos, recordaba Javier Moncayo en La Vanguardia.

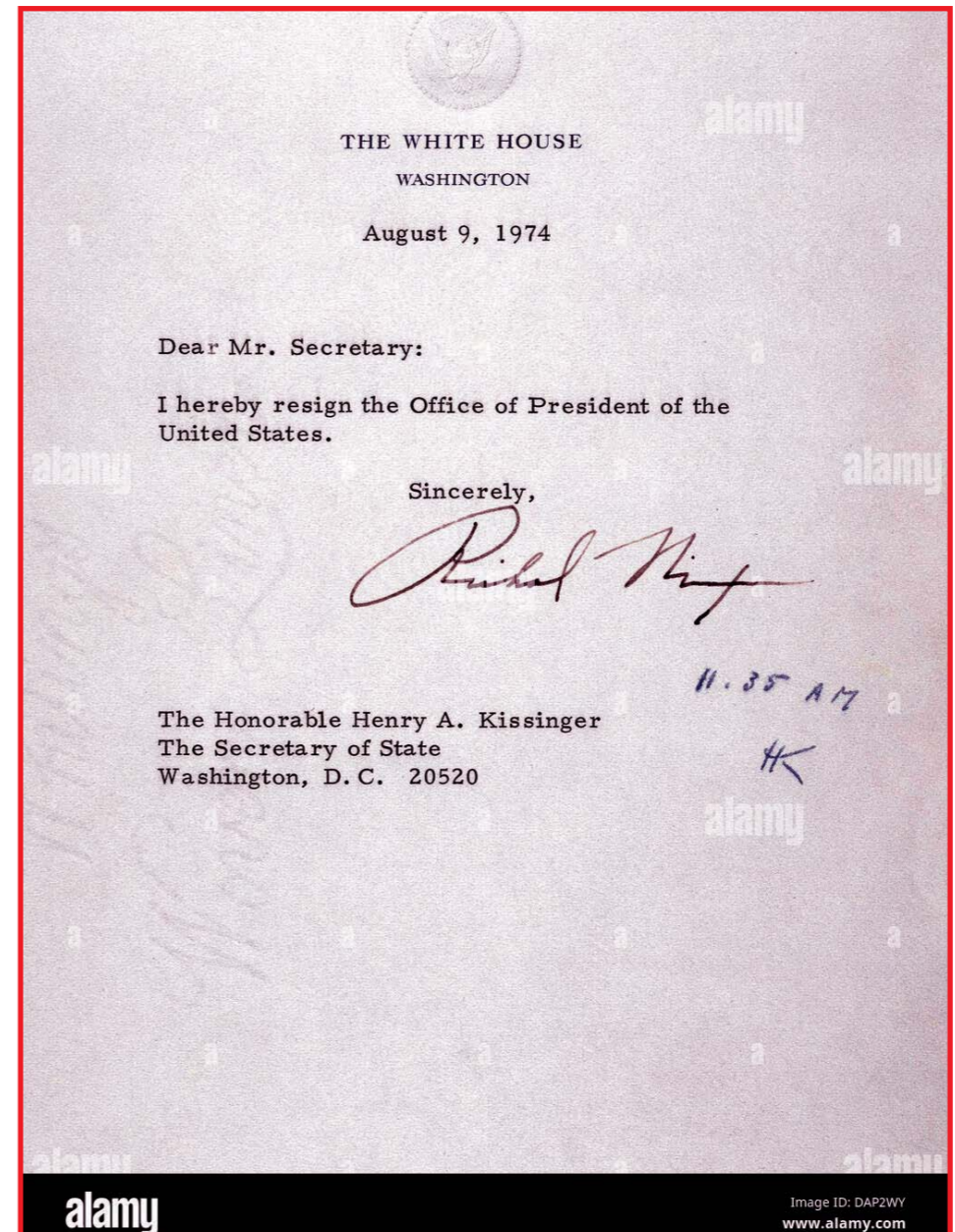
Y cuando apenas se digería esa mala noticia para la democracia, un mes después, el 6 de junio, los estadounidenses

conocían que el gobierno espiaba sus llamadas telefónicas, mensajes por correo y en redes sociales.

El excontratista de la CIA, Edward Snowden, filtró a la prensa internacional 1.7 millones de documentos secretos de las escuchas privadas de las agencias de inteligencia de Estados Unidos con la red Five Eyes (Australia, Canadá, Nueva Zelanda, Reino Unido y Washington mismo) que interceptaron teléfonos de la presidenta de Brasil, el presidente de México y funcionarios de Naciones Unidas.

The Guardian, The New York Times, The Washington Post, O Globo, L'Espresso, Handelsblad, Dagbladet, Canadian Broadcasting Corporation, Le Monde, El País, La Jornada y otros medios publicaron de forma concurrente esa revelación. A su vez, organizaciones humanitarias pidieron a Barack Obama proteger a Snowden; lo que no prosperó y el filtrador se exilió.

Hoy, en 2022, abundan las falsas noticias, ataques informáticos y las plataformas digitales deciden qué mensaje del usuario publican o no. Aún así, los ciudadanos saben que quieren un periodismo que respete la heterogeneidad de las audiencias; y como sostiene Roy William Cobby: es imprescindible mantener el ángulo político en el acceso a la información. Ése, en nuestra opinión, es el gran legado del Caso Watergate. 🇺🇸



xxxxxxx

## Trump y el asalto al Capitolio



Washington, 17 jun (Prensa Latina) Medio siglo después de que el caso conocido como Watergate conmocionara a Estados Unidos, otro escándalo sacude hoy esta nación nortea por el afán de un presidente de conservar el poder.

Al cumplirse este viernes 50 años del complot que le costó la presidencia Richard Nixon (1969-1974), medios de prensa destacan la coincidencia de ese hecho con el asalto al Capitolio el 6 de enero de 2021 y el papel del exmandatario Donald Trump (2017-2021) en los disturbios.

Hace cinco décadas miembros de la campaña de Nixon irrumpieron en la sede del Comité Nacional del Partido Demócrata en el edificio Watergate de Washington D.C. y fueron atrapados.

Los esfuerzos del ocupante número 37 del Despacho Oval por encubrir lo ocurrido y por obstruir la justicia le costaron el mandato al renunciar en lugar de someterse a un juicio político en el que seguramente hubiera sido declarado culpable.

Watergate fue considerado el peor escándalo presidencial en la historia del país hasta que en enero del año pasado la tan proclamada democracia estadounidense se tambaleó con el intento de Trump y sus seguidores de impedir la victoria electoral del demócrata Joe Biden.

Tanto Nixon como Trump mostraron una tendencia a tratar el estado de derecho como subordinado a su poder, señaló un artículo en el diario The Hill.

En la era de Watergate se hizo un juicio histórico sobre los graves errores y abusos de poder ocurridos y una vez que eso sucedió, y Nixon renunció, el país pudo pasar página, dijo el ex fiscal general Donald Verilli.

Sin embargo, advirtió, ahora no hemos tenido esa resolución que tuvimos

en la década de 1970, pues existe un porcentaje significativo de la sociedad cautivado por las teorías de fraude, por lo cual consideró los disturbios del 6 de enero más relevantes que Watergate debido a sus implicaciones para el futuro del país.

Actualmente, la comisión parlamentaria que investiga lo sucedido el año pasado se centra en determinar el papel de Trump como incitador de las protestas, pero lo que muchos se preguntan es el impacto en los votantes de las audiencias convocadas para develar el rol del magnate.

Luego de Watergate decenas de legisladores que apoyaron a Nixon perdieron sus escaños en las elecciones siguientes, pero esta vez existen grandes probabilidades de que a pesar de todo los republicanos ganen más puestos en los comicios de mitad de periodo del 8 de noviembre venidero.

Otra cuestión que resalta ahora al comparar ambos hechos es cómo Watergate condujo a la reafirmación de evitar el uso del Departamento de Justicia (DOJ) como instrumento político, aunque ahora esa institución se debate con la posibilidad de procesar a un expresidente.

El comité selecto de la Cámara Baja que investiga los acontecimientos del 6 de enero de 2021 evalúa si remitirá al DOJ la información obtenida como resultado de su pesquisa.

Según The Hill, para el fiscal general, Merrick Garland, el dilema radica en pesar su misión de reparar la reputación del DOJ como una agencia apolítica con la necesidad de disuadir un futuro intento de golpe, donde el hecho de no responsabilizar a Trump implicaría dejar a la democracia estadounidense vulnerable a otro ataque. 🇺🇸

oda/avr

# Asalto al Capitolio: 'the show must go on'

T/ Azahara Palomeque  
F/ Cortesía

**N**o sabemos si la revolución será televisada, pero las sesiones de la **comisión de investigación sobre el asalto al Capitolio estadounidense el 6 de enero de 2021** sí lo están siendo. Como si se tratara de una serie de Netflix, los nueve miembros de la cámara de representantes—de los cuales solo dos son republicanos—, que desde hace meses lideran las pesquisas, están presentando estos días sus conclusiones parciales ante una audiencia increíblemente polarizada en la que sigue calando la conflictividad social exacerbada por Trump.

De hecho, según algunas encuestas, el 50% de los votantes republicanos continúa creyendo que el magnate ganó las elecciones, cifra que probablemente explique la decisión de Fox News de no emitir estas sesiones. Sin embargo, otras muchas cadenas sí las están retransmitiendo, y en un formato espectacular digno de la mejor tradición hollywoodiense. Quizá la sesión inaugural fuese la más impactante: aquella destinada a “enganchar” a los televidentes, quienes son asimismo votantes en potencia en las elecciones de media legislatura que tendrán lugar en noviembre.

Hace poco más de una semana, el presidente de la comisión, Bennie Thompson, diputado demócrata negro, junto a la vicepresidenta, la congresista republicana blanca Liz Cheney—hija del polémico Dick Cheney, vicepresidente con George W. Bush al que le ha sido atribuida la cruenta gestión de la Guerra contra el Terror tras los atentados de las Torres Gemelas— iniciaron su andadura televisiva al frente de esta suerte de pseudo-juicio en el que, no obstante, la pseudo-sentencia se nos ofreció por adelantado.

Thompson y Cheney dejaron muy claro que la insurrección en el Capitolio **había sido un intento de golpe de estado provocado por Trump** y, a partir de ahí, fueron llamando a distintos testigos y presentando pruebas. Entre ellas destacan las imágenes “nunca vistas” recogidas por un director de cine documental que se encontraba grabando en las inmediaciones del edificio cuando ocurrió el ataque, el día que los distintos parlamentarios habían elegido para certificar los votos electorales que corroborarían la victoria de Biden. En mitad de la sesión, tras demostrar la implicación de grupos de ultraderechistas como Proud Boys o los Oath Keepers, pasaron a mostrar las despiadadas escenas.

Que nadie se equivoque: el hecho de que el informe que producirá esta comisión no sea vinculante no significa que su papel no sea crucial. Entre otras afirmaciones clave para inculpar a Trump, se dijo que no solo era plenamente consciente de la tentativa golpista que se estaba fraguando, sino que llevaba meses urdiéndola junto a hombres de confianza, como su



Así discurren las sesiones de la comisión de investigación sobre el asalto al Capitolio de EEUU: con efectos especiales y final predecible.



abogado Rudy Giuliani, con el que habría celebrado reuniones secretas.

Se recordó a los espectadores cómo a este abogado se le retiró la licencia para ejercer tras manejar pruebas falsas sobre la supuesta alteración de las máquinas que realizan el recuento de votos. También subrayaron los más de 60 juicios que Trump perdió de la mano de Giuliani cuando intentó impugnar los resultados electorales por la vía legal.

Por si fuera poco, las declaraciones de su antiguo fiscal general, Bill Barr, quien dimitió tras negarse a secundar la farsa de las papeletas robadas, se compartieron en videos donde calificaba la conspiración trumpista de “gilipollez” (bullshit), y la misma Ivanka apareció en pantalla asegurando que ella confiaba más en Barr que en su padre.

Ya se sabe: cuando el malo es ya irredimible, hasta los suyos lo abandonan. La guinda la puso el testimonio de una agente de la policía que se encontraba de servicio aquel día: los insurrectos le arrojaron gas lacrimógeno, fue golpeada y cayó inconsciente al suelo, un relato espeluznante que aderezó con patriotismo. Ella batalló allí para defender la Constitución.

Lo cierto es que en Estados Unidos estuvo a punto de desatarse una crisis constitucional de magnitud insospechada; que el peligro de guerra civil fue anunciado por reputados columnistas desde las páginas del New York Times; que la mayor amenaza para el país de acuerdo con numerosas agencias federales—incluido el FBI— sigue siendo la ultraderecha autóctona, por encima del



terrorismo internacional; y que es difícil pensar en una época de mayor tensión, violencia institucional y callejera desde, al menos, la era de las luchas por los derechos civiles.

Durante el asalto al Capitolio, cinco personas murieron, pocas en comparación a lo que podría haber ocurrido. Más de 865 están siendo juzgadas en tribunales reales debido a su participación en el motín, muchas de ellas por delito de sedición. A pesar de todo esto, la comisión de investigación, que apunta directamente a Trump como el causante del desastre, es meramente informativa, y acontece después del procedimiento fallido que constituyó el *impeachment*.

Aquí, los intentos para deponer al presidente derrotado e impedir que pudiera detentar cargos futuros como representante de la ciudadanía se hicieron trizas en el Senado, que no alcanzó los dos tercios necesarios para llevar a buen puerto sus objetivos. En ambas cámaras, muy pocos fueron los republicanos que se atrevieron a juzgar a un líder cuyo poder había monopolizado el partido, tanto que a los disidentes se los trató como traidores, injustos con un golpe al que denominaron “discurso político legítimo”.

Tal vez con la intención de minar el aún vivo dominio de Trump en el imaginario conservador, estas sesiones se están celebrando con mucho bombo, golpes de efecto y un maniqueísmo nacionalista que convierte a los participantes en estereotipos. Así, en el último capítulo (van tres de siete) se ensalzó la figura de Mike Pence, el vicepresidente que, fiel a la ley, se negó a cumplir las órdenes de su jefe y manipular el veredicto de las urnas.

No es casualidad que Pence esté considerando seriamente presentarse a las elecciones de 2024. Si el partido demócrata las perdiera, cosa que se estima—por ahora— probable dada la factura que le está pasando a Biden la inflación, la caída de la bolsa en picado y las múltiples promesas incumplidas respecto a su programa de reformas sociales, al menos podrían asegurarse de que uno “de los buenos” las ganara. Volver a las viejas formas del bipartidismo, a las estrategias comunicativas y políticas sin demasiadas estridencias, al estado de derecho—defectuoso, pero estable— les garantizaría el mínimo de democracia requerido para no convertirse, otra vez, **en una vergüenza mundial ahora que, precisamente, se empeñan en erigirse en héroes de la civilización occidental frente a Rusia y China.**

Como entonaba Queen en los 90: *the show must go on*. No está claro que el departamento de justicia vaya a iniciar acciones legales con el informe que se derive de la investigación actual porque, seguramente, estas sesiones no se idearon para tal fin. Se trata de moldear la opinión pública en otra dirección, menos extremista; de limar las brasas que todavía chisporrotean tras el devastador incendio; de retornar a la alternancia pacífica de candidatos medianamente decentes antes de que sea demasiado tarde. A quien disfrute del cine de acción, con efectos especiales y final predecible, le recomiendo enchufar la tele. ★